

La senda del cazador. Sobre la trayectoria poética de Javier Pérez Walias

MARIO MARTÍN GIJÓN
Universidad de Extremadura

RESUMEN

Frente a otros poetas de su generación, la obra de Javier Pérez Walias (Plasencia, 1960) ha recibido hasta ahora una atención crítica inmerecidamente escasa. El presente artículo propone una breve aproximación a una trayectoria poética caracterizada por la voluntad arquitectónica de cada libro, la imagería silvestre y, en sus últimas obras, una dicción irracional próxima al surrealismo y amplia versificación que abre una nueva etapa de una poesía en constante evolución.

PALABRAS CLAVE: Poesía extremeña, siglos XX-XXI, Javier Pérez Walias.

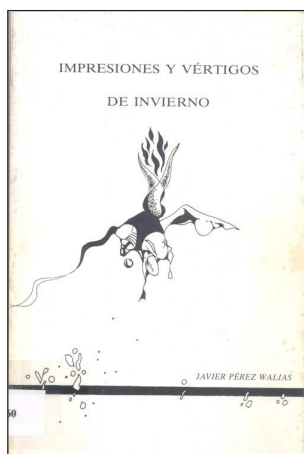
ABSTRACT

Unlike many other poets of his generation, the work of Javier Pérez Walias (Plasencia, 1960) has received little critical attention. This paper proposes a short introduction to a poetry characterized by the architectural will of each of his books, the natural symbols and, in his last works, a irrational poetry, close to surrealism, which opens a new phase in a poetry in permanent evolution.

KEYWORDS: Poetry in Extremadura, 20 and 21th centuries, Javier Pérez Walias.

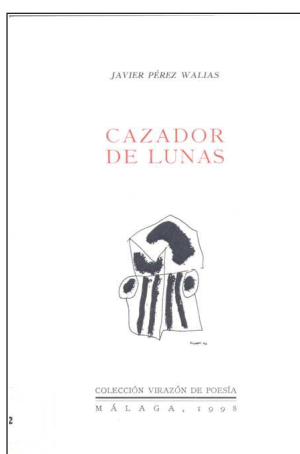
Hay poetas que escriben poemas y otros que, fundamentalmente, escriben poemarios, libros de poesía. Claramente, Javier Pérez Wallas (Plasencia, 1960), pertenece a esta segunda estirpe. Cada uno de sus libros está concebido como una arquitectura precisa, cuyo orden es todo menos casual, y donde la situación de cada poema sostiene a su conjunto. Un edificio con una determinada atmósfera y una serie de símbolos que, modulaciones de un mundo poético cambiante, se centran sobre una cadencia precisa.

Su primer poemario, *Impresiones y vértigos de invierno* (1989) aparece dentro de la moda culturalista que, sobre todo a través de Antonio Colinas, tanto influjo tuvo en los poetas de nuestra región. Escenarios medievales, gusto por el léxico caballeresco o escenarios como la catedral de Espira, entre los que con todo se nota una pulsión rebelde típica del autor, como en su poema “Palimpsesto”, con su triple advocación “Sed libres”, enfrentada a los dioses de distintos pueblos y épocas. En cambio, *Ceremonias del barro* (publicado en 1988, pero escrito después que el poema anterior) esboza ya el que será el mundo poético del autor, con la importancia de elementos como el agua, en sus distintos cauces, o el bosque, así como la noche, momento en que se confrontan con la mayor nitidez la temporalidad del hombre y su apego a la vida y la belleza, como se dice en el poema “Sin luz alguna”, cuando se tematiza la contemplación del cuerpo de la amada (“[e]s tan hermoso el latido / de un cuerpo”) contrapuesto a la oscuridad nocturna evocadora de la muerte, según se refleja con raro neologismo, “a través de las pupilas de la noche / espesa, oscura, muerteterna” (2004: 34). El poemario está dominado por la imagen del



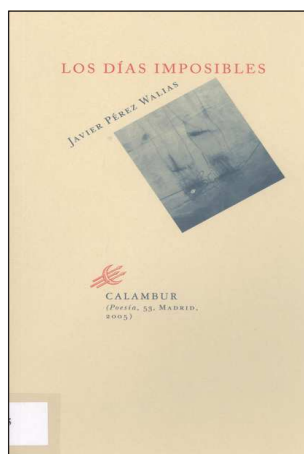
alfarero, demiurgo humilde que evoca el trabajo con la palabra pero también el modelado de nosotros mismos, a partir de la simple materia de la que surgimos a las más altas aspiraciones, como se expone en su “Poética para un alfarero”: “A través del fuego / y de la sangre / el barro se transforma, / como cada amanecer de abril, / en la visión vertical del alma / o en la quietud del pájaro” (2004: 36). En su siguiente poemario, *A este lado oscuro del cauce* (1992) se desarrolla este imaginario silvestre, donde abunda la vegetación (juncos, hiedras, helechos, espesuras, boscajes) y símbolos como el del pozo, muy presente en poemarios posteriores, abertura peligrosa hacia el interior de nosotros mismos, hacia el pasado y hacia el peligro. Destaca la cualidad pictórica de algunos paisajes, como en “El quicio único”, el ocaso sobre un río que es el corazón de la tierra del poeta a la vez que el manriqueño símbolo de la vida: “Es este río al fin / donde el pájaro busca el centro, / donde el pez el remanso del abismo / llegada ya toda la noche” (2004: 45).

Esta imaginaria silvestre y venatoria logra su mayor altura en su siguiente libro, *Cazador de lunas* (1998), construido sobre esta figura mítica procedente de Rafael Pérez Estrada y estructurado sobre las fases de la luna. En efecto, la luz tímida y reflejada de la luna aparece como metáfora de una mirada filtrada por una distancia no exenta de ternura, casi maternal, y a la vez reveladora de aspectos invisibles bajo la cotidiana luz del día, y que aparece como ideal de la ataraxia con la que el poeta quisiera contemplar las cosas, con “el amor

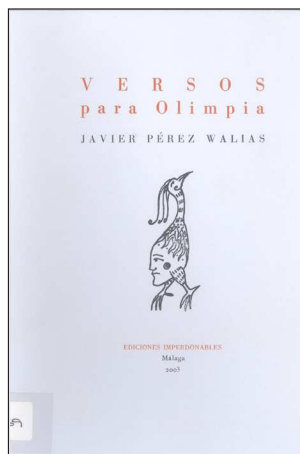


desnudo con que la luna se detiene / sobre las baldosas de barro / y leve alumbra / los portales antiguos” (2007: 39). Es un libro logrado en una poética de la intimidad, de lo interior, como dicho en voz baja. Llama también la atención la sensorialidad con la que, merced al certero uso de la sinestesia, se evocan ciertas sensaciones como la humedad sobre la piedra en “Soportales de la plaza”, escenario recorrido por la enigmática figura del protagonista: “El cazador de lunas escucha en medio de la noche / -en alerta- / el ruido / que desprende el agua de lluvia / y el fosco olor que deja / el abrazo de la oscuridad / sobre los tejados” (37). Esta aspiración se expone metapoéticamente en los dos poemas que abrazan la sección “Otros caminos. Otros lugares (cuarto creciente)”, cuando, insatisfecho, afirma: “Ahora vuelvo / la más limpia de las miradas / cordialmente hacia las cosas / y me doy cuenta / de que no estoy dispuesto aún / para mirarlas con todo el sosiego, / con toda la mansedumbre / y con toda la distancia, / a pesar de los años ya vividos. Así es como contempla la luna” (49).

Quizás sea en *Los días imposibles* (2005), donde la voluntad de simetría de Pérez Walias y su concepción del libro poético se muestra con mayor nitidez. Subtitulado “Tres figuraciones”, como señalara Miguel Ángel Lama, se sustenta sobre “una estructura tripartita cimentada en la noción de búsqueda personal a través de la contemplación de otros en la cadena del tiempo” (2010: 391). Este poemario se distingue tanto por el ambiente de misterio inédito hasta entonces en el autor como por su línea narrativa, guiado por esa “vieja mujer de voz extrema” que, a modo de virgiliana Ninfa Egeria conduce al sujeto lírico a

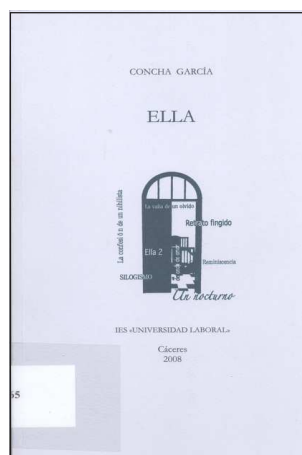
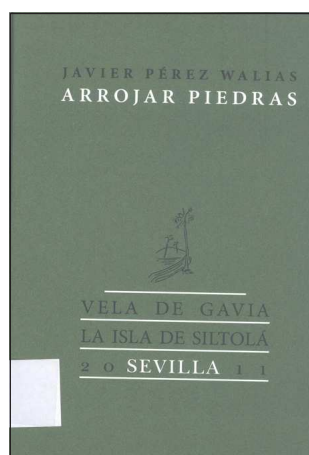


las profundidades del pasado, a esos “seres” que se acercan al pozo de la memoria. Si la primera sección evoca “los días imposibles / de la vejez”, el recuerdo de los seres difuntos y lo efímero de nuestra condición, pues “el tiempo galopa como fósforo incendiario” (2005: 31). La segunda parte continúa en esta búsqueda personal adentrándose en el pasado. De hecho, su título parafrasea el primer verso de la *Divina Comedia*, “A mitad del camino de la vida”, como sugiriendo esa bajada no a los infiernos pero sí a la morada de “fantasmas que creíste ya olvidados”, la compañía dolorosa pero necesaria del pasado. Los poemas de esa sección, en segunda persona, recuerdan una búsqueda continua y afanosa (“has hurgado”, “te has detenido”, “has buscado”) para sobreponerse a “la sombra inmensa del desconsuelo” y conjurar el desánimo: “Y esperas, / esperas que en ti jamás habite el desencanto / como habita el alquitrán / en las maderas de las cuadernas del tiempo” (2005: 42). La solución parece ser la fé en la escritura y en el *non omnis moriar* horaciano pues, según sentencia al final de esta sección central, “la poesía me robará mi muerte” (2005: 46). La tercera y última parte, de un tono algo distinto, más personal, “En medio del abandono” está dedicada a la hija del poeta, y recupera los *Versos para Olimpia* editados anteriormente de modo exento.

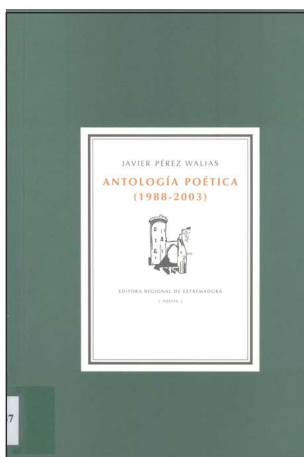


El siguiente poemario, *Largueza del instante* (2009, galardonado con el primer premio en la XVII Bienal de Poesía “Provincia de León”) profundiza en la temática de la sección central del libro anterior. En efecto, ante el vértigo del *tempus fugit* y nuestro ser, como recuerda el epígrafe de Juan Ramón Jiménez que abre y cierra el poemario, “fuga raudal de cabo a fin”, el autor encuentra en la escritura una manera de alargar los instantes que componen nuestra vida. Así lo declara paladinamente en el poema que abre la sección “Acúmulo para la huída” (entiéndase, ante la huida del tiempo): “Ha llegado el momento de alargar este instante, / de habitar en los bordes de la doblez, de la miseria / y del hombre” (2009: 21). El poeta aspira a situarse en los márgenes y los huecos, a huir y ausentarse ante el tráfigo de la vida cotidiana, única manera de “alumbrar el pensamiento”. Destaca en este libro una evolución hacia el poema en versos libres o versículos, hacia un ritmo incantatorio marcado por la anáfora y los paralelismos, y una dicción irracional antes mucho más contenida. Resulta patente el influjo del surrealismo y en particular del Lorca de *Poeta en Nueva York*, cuyo “Paisaje de la multitud que vomita” es explícitamente homenajeado en el poema “La mirada de un niño es como la mirada de un pez”, con sorprendentes personificaciones que crean un ambiente casi apocalíptico: “Amanecieron los trópicos dormidos / y se llenaron los mercados, / enloquecieron las acacias que siembran el insomnio en sus troncos / y en sus raíces / junto a los valles de las tumbas y de los dioses y de los reyes” (46). Abundan las imágenes sorprendentes que crean una sensación de irrealidad, como cuando dice “sangrarás azules / como las islas negras sobre un pañuelo blanco / las más hermosas lágrimas” (52) o afirma que “las hormigas de la razón se agolpan sobre mi frente” (57). Reaparece la figura de la anciana que lo guía hacia el pozo de sus recuerdos y le hace consciente de que “[t]odo está aquí. En la tensa calma de mi memoria” (55).

El último libro de Pérez Walias, *Arrojar piedras* (2011), se desarrolla a partir de una imagen de Eduardo Moga, la palabra como piedra que arrojamos al mar (qué distinta de la botella al mar celaniana) o se deja caer con todo el peso de su gravedad en el interior de uno mismo. A pesar de que se trate de un libro indudablemente ‘waliano’, con la unidad estructural que es “marca de la casa”, como dijera Enrique García Fuentes (uno de los críticos más atentos al placentino), se trata seguramente de su poemario más arriesgado, donde abundan las imágenes irracionales, algunas de violento expresionismo, como cuando habla del “impacto brutal de un gancho sobre el pómulo / o el vómito de la bilis amarilla a las espátulas” (37), en largos torrentes verbales, que sin embargo a veces se remansan en esas acotaciones, tan propias de la poesía de la experiencia, en las que el autor pretende establecer una complicidad con su



lector o lectora imaginado, hablando por ejemplo de “[e]stos seres de los que yo te hablo cuando nos quedamos a solas” (2011: 17). Es un libro a veces desconcertante, propio de un autor que duda sobre “el arte inútil de ensalivar palabras” (18) y se llega a preguntar: “¿Será posible lamer la tierra hasta limpiarla del dolor de las palabras?” Un autor que se plantea más preguntas que respuestas, en una indagación interior, “un ejercicio de introspección” para el que, según dice, “he encendido luces de gálibo para las tinieblas / bujías y lámparas de aceite para las tinieblas / carburos y dinamos para las tinieblas / lo he dispuesto todo así / todo así dispuesto para arrojar piedras a los ríos profundos de las interrogaciones” (27) y que se encuentra visiblemente en una encrucijada, que quizás se dilucide en su próximo poemario



BIBLIOGRAFÍA

- GARCÍA FUENTES, Enrique (2011): “Consolidación”, *Hoy*, 5 de noviembre de 2011.
- LAMA, Miguel Ángel, ed. (2010): *Literatura en Extremadura. 1984-2009. I. Poesía*. Mérida/ Badajoz: Editora Regional de Extremadura y Del Oeste Ediciones
- PÉREZ WALIAS, Javier (2004): *Antología poética (1988-2003)*, Mérida, Editora Regional de Extremadura.
- (2005): *Los días imposibles. Tres figuraciones*. Madrid: Calambur.
- (2007): *Cazador de lunas*. 2ª edición. Málaga, Ayuntamiento de Málaga, Área de Cultura.
- (2009): *Largueza del instante*. León: Instituto Leonés de Cultura (colección “Provincia”).
- (2011): *Arrojar piedras*. Sevilla: Isla de Siltolá (colección “Vela de Gavia”).